

## JOSÉ MARÍA YTURREALDE

MADRID  
GALERÍA JAVIER LÓPEZ

### MARIANO NAVARRO

Para su presentación como artista de la galería, Javier López y José María Yturralde (1942), eligieron hace ahora casi tres años, un conjunto de piezas que recorrían, por sucintamente que fuese, la larga trayectoria del artista valenciano. Se iniciaba con *Ritmo formas en blanco*, de 1966, con su impronta de normativismo y la huella de Gerardo Rueda y los modos abstractos de Cuenca; proseguía con dos *Figuras imposibles*, que fueron las obras que le dieron fama en la década siguiente, y en las que los engaños de la perspectiva hacían tridimensionalmente visible lo que era, como su título indicaba, imposible y además sólo bidimensional. Siento que todavía estas obras se cifren, por su vinculación internacional, con el trabajo de Vasarely y no se acentúe más lo que había en ellas no de arte óptico, sino de hilo y rotura con la tradición de la mirada occidental. Proseguía aquella muestra con fotografías de ciertas estructuras volantes –sobre las que ha vuelto en los últimos años y que serán objeto de una futura exposición– y se cerraba con un conjunto más numeroso de pinturas correspondientes a las series *Preludio*, *Interludio* y *Postludio*, en las que trabajaba, por ciclos quinquenales, desde 1991.

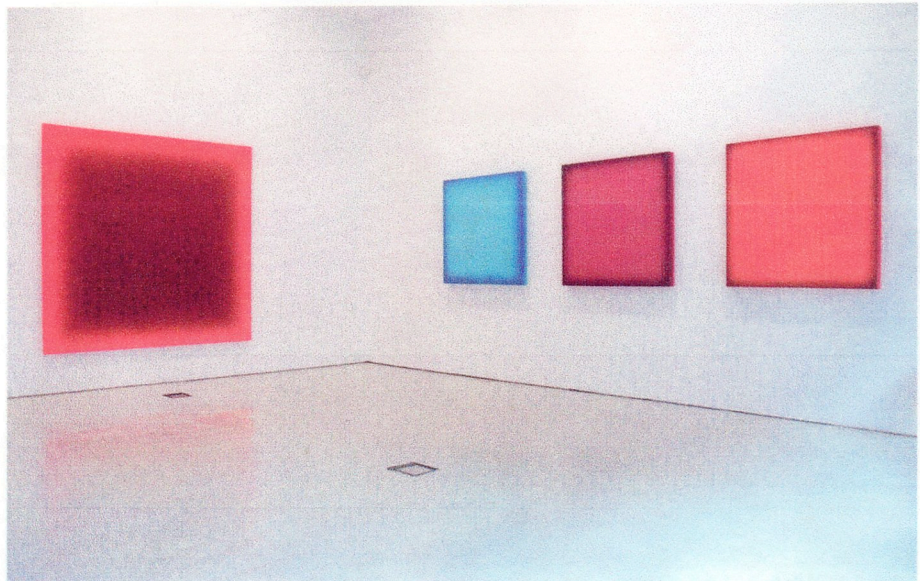
Esta segunda muestra individual, que tiene lugar en el reducido espacio de José Marañón, se compone exclusivamente de piezas de la serie *Postludio*. El propio artista redactó hace un tiempo un breve texto revelador de sus objetivos, influencias e intereses. Subrayaré especialmente un dato, su atención a la vacuidad, o en sus palabras: “procuró entender la energética, no la pasividad del vacío”. Energía que vincula, inmediatamente, a la música, y cita a Hindemith y su *Ludus Tonalis*, y a Morton Feldman y sus *Structures*, tanto para señalar la inversión y reversión del preludio en la pieza del primero, como el sonido de la estructura evanescente en el segundo.

Cuadros que diríamos son únicamente color luminiscente en los cuales, y sigo una vez más sus propios términos, “las formas se disuelven coherentemente como lo haría

una geometría fractal, pero sin recurrir a ella, [ese es] el intento que inician los *Preludios* y no alcanzo a lograrlo hasta los *Postludios*”.

Capas de color no siempre monocromáticas, sutilmente superpuestas, hasta que centro y bordes resultan expresivamente significativos. Mínimas y, a la vez, decisivas diferencias de un lienzo a otro: para que “se aprecie la huella de una contenida variación numérica, cada vez más leve, un alejamiento gradual y constante de las tonalidades que deben transformarse veladamente”. Y un denominador común: su brillante intensidad. Curiosamente, mucho del intenso cromatismo de estas pinturas últimas aparecía ya en las *Figuras imposibles*. En cierto sentido es como si Yturralde hubiese oscilado siempre entre la transparencia, o la invisibilidad de ciertas geometrías de lo sensible, y la necesidad de una saturación de la retina en su enfrentamiento con la pintura.

Escribe el filósofo Eugenio Trías que la música piensa, que la mejor música expone siempre pensamiento. No que haya que pensar la música, sino que es esta la que piensa. Del mismo modo podríamos decir con Klee y Palazuelo que la línea piensa y el dibujo es expresión del pensamiento y, siguiendo el mismo hilo argumental, que la pintura piensa y que la de los mejores –Rothko, Malevich, Mondrian, cita Yturralde– es pensamiento expuesto. En el caso de este último para: “asumir, desde la pintura, conceptos y saberes, en especial relacionados con lo infinito y la nada, lo absoluto, lo sublime y lo bello para acceder, apasionadamente, a una cierta comprensión de esos aspectos de la realidad que nos circunda”.



Vista general. Cortesía: Galería Javier López